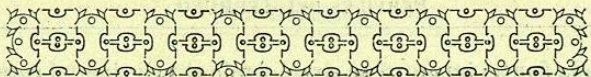


tes, días en que el ruido del agua torrencial, cayendo estrepitosamente en chorros delgados de los aleros sobre las aceras, es la única música que suena en el silencio de las calles, para volver por Noche Buena, en florada y bulliciosa, con las «Naranjas y Limas» que entonan en una repetida y solicitada cantinela las multitudes, ávidas de regocijos y prontas al baile y á la borrachera; porque el arpa huye de la lluvia á modo de pájaro que teme se le empapen las alas, impidiéndosele el vuelo presuroso y el cantar alegre y prolongado en la rama tumbona y sombría.

Pero vienen los días de sol que hacen á los árboles vestirse de brotes y poblar de olores campesinos las calles; se cubren de azahares los naranjos, las enredaderas tapizan las cercas con sus pintadas campanillas, entonces, el arpa, como cansada de muy largo mutismo, vibra y zumba con trémulas notas bajo el gritar altanero y el dicharacho truhanesco de muchachos y mozelas.

Pasa ruidoso el arpista de andar lento y manos ligeras que acarician las cuerdas, con el arpa al hombro (la cual así traída semeja abandonada cuna de niño que dentro llorase famélico la ausencia del pezón de la madre muerta), con sombrero de petate ladeado, ojos felinos, mirada recelosa, bigotes poblados y un aire de satisfacción y orgullo que le hormiguea por todo el cuerpo mientras el arpa suena.

Las muchachas se agrupan en los corredores, las viejas atisban por las ventanas, los niños se aglomeran en las calles, y el arpa, siempre picotera, canta y canta al aire libre, sin conocer de fermatas ni saber de corcheas, canto de pájaro amante que arrulla el nido en las frescas y verdosas riberas del río, en días otoñales, cuando las mieles de las cañas se fermentan, las resinas de los árboles se derriten al fuego abrasador del sol que las quema, y los plátanos, en apretados racimos, verdean colgantes de entre las hojas lustrosas y extendidas de rumorosos parasoles campesinos.



XIII

El Aguador.

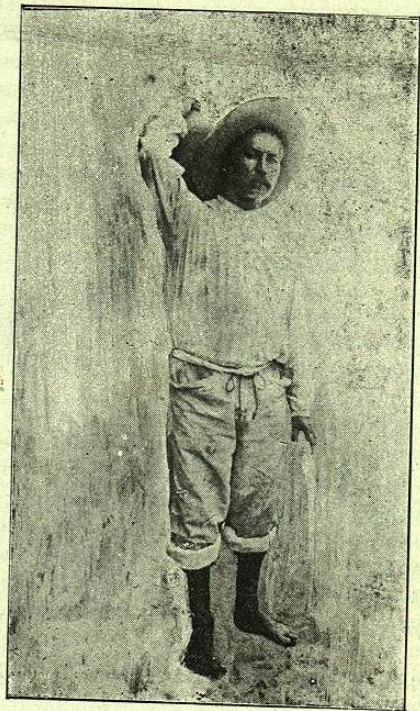
**E**L cántaro, para extraer el agua del río, y el anafe, para conservar la lumbre, fueron sin duda los primeros objetos de barro que fabricaron los primitivos habitantes del terruño.

Quando unas cuantas barracas de techos de palma y tabiques de carrizo formaban el poblado á orillas del Papaloapan, el modo de conducir el agua era por medio del cántaro, fresco y colorado, conducido al hombro; después que se necesitó de mayor cantidad de agua para las faenas domésticas, se hizo necesario buscar manera de transportar más cántaros en menos tiempo y por vehículo rápido y seguro; entonces el aguador ocurrió al caballo, animal inseparable en muchas tareas y fatigas del hombre; el caballo, dócil siempre al freno, al tiro y al arado soportó paciente sobre su fuerte lomo dos cántaros llenos de agua por

CAPITULO XIII

cada flanco; ignoro si se sirvió desde el principio el conductor del preciado líquido de las angarillas, ó si éste aditamento se generalizó posteriormente al recurso de trasladar los cántaros en los lomos del noble solípedo, si sé que su uso es inveterado, y que á él acude el aguador ya que ha ahorrado la cantidad que representa el valor de los útiles que le son necesarios para tener caballo y vocear el agua en las puertas de las casas.

Para comprarlos son innumerables los sacrificios que hace, é incontables los apuros y trasudores por que pasa pa-



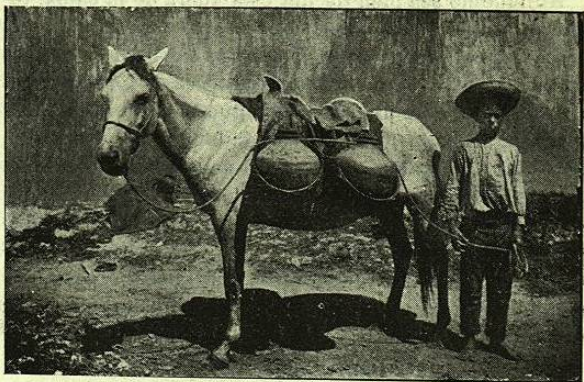
ra poder reunir el dinero con el cual dejará el ir y traer cántaro tras cántaro de agua sobre el hombro fruido y diligente.

Aunque no sea bien de día está fuera de la cama; tomado el humilde desayuno, compuesto de café *de olla* (servido en taza caldera poblana llena hasta los bordes), de plátanos asados al calor de la lumbre, en vez de tortilla, si el maíz está caro, ó de una rosca de agua, si faltan el maíz y el plátano; acabado de tomar sosegadamente el desayuno, se levanta el pantalón hasta media pantorrilla, pónese el sombrero de petate con extendida ala, se coloca el crudo y el cántaro al hombro y toma rumbo á la orilla del río, desde donde surte de agua á lavanderas y fregatrices; á la hora del almuerzo suspende la tarea que vuelve á reanudar inmediatamente, no interrumpiéndola sino muy de tarde; al siguiente día el propio trabajo: sacar agua y agua del repleto río; mas con el domingo viene el descanso para todos los trabajadores; en este día reparte agua sólo en las primeras horas de la mañana, almuerzo de tamal y con apetitosas *gordas* (que palmea la mujer al fulgor de la leña flameante hasta el holliniento techo de palma,) no sin haberse bebido dos ó tres *mañanas* en el tendajón de la esquina; el cántaro, boca abajo y húmedo, parece descansar de las fatigas de ruda y continua la tarea; la mujer y su consorte se echan á sacar cuentas galanas; se consideran las ganancias de la semana y con ellas se proyecta reunir para comprar el caballo alazán de tío *Benó*, un tanto flacucho, pero más fuerte para soportar la carga que la yegua rucia de tío *Pompo*, ambos animales á la sazón en venta.

Y al cabo de tiempo se cumple el deseo comprando el caballo alazán y con él todos los arreos útiles para el transporte; en el patio se improvisa un pesebre y se agranda la *media agua*, por los propios brazos del aguador, en los ratos de ocio que dejan el domingo y los días de precepto.

Concluye el estar yendo y viniendo con el cántaro al hombro y el pie incansable y andariego; el caballo obediente y manso, va con cuatro cántaros en las angarillas derra-

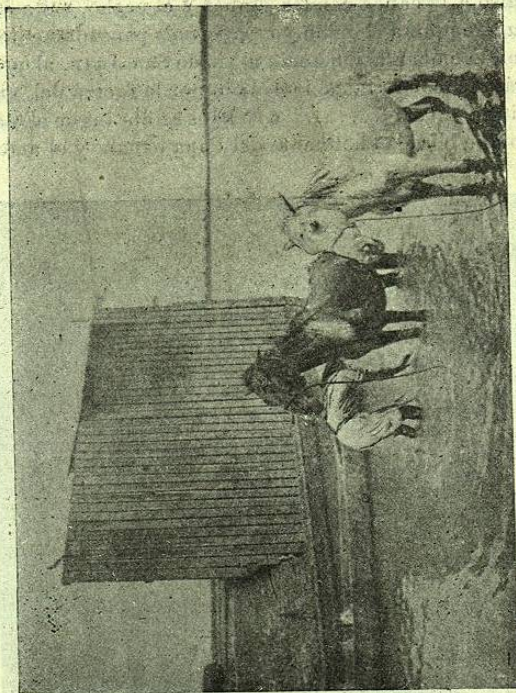
mando agua al trote largo de apretado paso, atento á la rienda del conductor; el agua que se ofrece es casi potable,



traída de arriba del San Juan— si la del Papaloapán está salobre— en el paso llamado Mata de Caña; ó ahí nada más en *la punta*, si el río está de creciente.

En la orilla descansa la canoa, plena de rollizos cántaros, hidrópicos de agua, encadenada al poste de la ribera; el aguador de un viaje lleva cuatro ya para entregar; pues tiene sus marchantes; dejó de tratar con lavanderas repelosas y con fregatrices embusteras; ahora lleva el agua y las boticas de «San José,» «La Moderna» y «La Tlacotalpeña,» en las cuales pagan en vaciando el último cántaro con plata sonante y contante, que otros muchos suelen pagar con no muy buenas razones; á tía *Gume*, al Café de León Aguirre, —donde es fama hielan y filtran el agua,— á la Barbería de Pastor y á la de Galloso, y á otros compradores seguros en el pago y abundantes en la compra; tan conocidos son los gastos de agua que hacen los marchantes, que el aguador sabe los días en los cuales ha de surtir á cada uno de ellos; á veces se olvida de tal cual marchante; pero unas palmaditas dadas á orillas del corredor y oí-

das por el infatigable *Tío Salva*, bastan para que en el instante sea atendida la demanda del precioso líquido; consumida el agua en la venta diaria, el caballo (quitados los cántaros y las angarillas, con el aguador jinete *en pelo* sobre los sudorosos lomos) es encaminado otra vez á la margen del río, en el cual lo baña solícita y largamente su amo.



De vuelta del baño va el cuadrúpedo al pesebre; allí come á quijada expedita el verde y abundante zacate de *pará*, promiscuando á menudo con el maíz que, en los harizgos del caballo, es comida de bodijo.

CAPÍTULO I. EL AGUADOR

A poco menos de las dos de la tarde, hecha la digestión del ligero almuerzo, el aguador toma los aparejos de la canoa, y con el puro encendido y humeante en la boca, el pañuelo de *lacre rojo* enrollado al robusto pescuezo, se dirige á su embarcación, arma el mástil, suelta el trapo, que flamea loco al soplo de la brisa, y atiesa la escota á la argolla de popa; metido en el agua hasta las rodillas le da impulso á la canoa con las manos y el pecho, salta ágil á la *pala*, empuña el remo y *espequeando* pausadamente gobierna la embarcación hacia el río de San Juan, al que entra rápida con la falca inclinada por la fuerza del viento que infla la vela . . . . . á lo lejos se distingue el blanco trapo que bordea el afluente del Papaloapan y el amonto-



namiento de los cántaros vacíos cabeceando por los tum-bos que improvisadamente da la canoa.

Regresa la embarcación muchas veces con el río ame-nazándola de naufragio por el alborotado oleaje, amainada la vela, quitado el mástil, lenta la marcha y precipitadas y fuertes las *espequeadas* de popa.

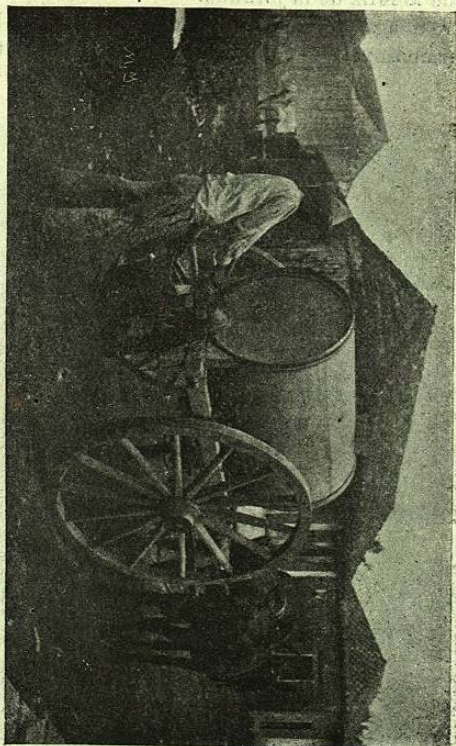
Llegada á tierra, el aguador la encadena; recoge los aparejos, que puestos al hombro los vuelve á la casa, alegre, jovial y con un canto popular en la boca, indicio manifiesto de lo feliz de la jornada.

Entre el aguador de cántaros y el de á caballo, hay un tipo intermedio: el que conduce el agua con dos latas; és-



CAPITULO V. EL AGUADOR

te, no pudiendo comprar gollerías— que tales representan el caballo con las angarillas— y sobrándole para hacerse dueño de un cántaro— aunque barato siempre frágil— adquiere dos latas vacías de esas en que viene el petróleo, las lava, refuerza con madera los bordes de la boca, pasándoles, además, una espiga de la propia madera de lado á lado; pende las latas de resistente cáñamo en los extremos de un palo, y cargado á la usanza china transporta los recipientes en que expende el agua.



Queda aún otra forma de conducir el agua, la cual deja en pañales á las otras: es la del carretón *acuático*; son cuatro los que se distribuyen por los distintos rumbos de la ciudad; de figura cuadrilonga tres, y uno tubular; con este medio de transporte el expendedor vende y despacha en un santiamén lo que los otros no pueden practicar en una hora; por ello dicen los del mismo oficio— que la cuña para que apriete ha de ser del mismo palo— pestes de los carretoneros, en murmuraciones y protestas; y del agua, en voces altas de acusaciones vecinales, que, si no ofenden, tampoco divierten, — aunque algo tenga el agua cuando la bendicen— pues el líquido se vende como pan caliente, con lo cual se cura su dueño de hablillas y de chismes callejeros.

Dice el catecismo— el de Ripalda por cierto— que los enemigos del alma son tres; pues bien, el aguador no tiene más que dos enemigos: Las lluvias y los trasnochadores.

¿Por qué?

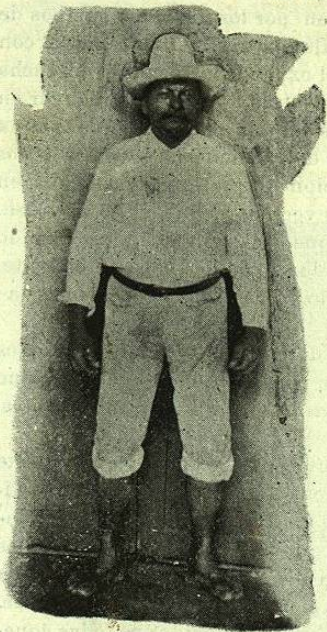
Porque en los días lluviosos— y cuenta que en este terruño llueve que diluvia en la época de aguas— todo hijo de vecino saca su trasto á recoger agua, y las lavanderas no la compran ni para que la bendigan, y los vecinos hacen lo propio; porque unas y otros lavan y guisan con agua venida del cielo, que si es buena, fresca y destilada, tiene una cualidad mayormente reconocida que todas aquellas juntas: Dios, que para todos amanece, la envía gratis á nosotros, avarientos de la tierra.

Cuanto á los que trasnochan, bien saben los expendedores del líquido potable cómo las usan aquellos tales, que, si roban un guajolote, no tienen empacho en beberse un cántaro de agua, de hurto y á espaldas de la policía.

¿Queréis conocer á un aguador del terruño para término de fiesta y punto final de este tan enteco como desarrapado capitulejo?

¿Sí?— Pues aquí tenéis presente á uno, trabajador como pocos, hablantín y dicharachero como ninguno, viejo conocedor del oficio, dueño de canoas, caballos, cántaros,

y demás utensilios de la faena; aunque casi retirado del traer y llevar agua, está siempre atento á las peticiones y



exigencias de los marchantes; con grito estentóreo en las voces y chiste y gracejo en el habla, de palabra risueña y sazónada, con la cual halla manera de tener expediente y dar salida hasta cuando tuviera que habérselas con el mismísimo hidalgo manchego; sin embargo de parecer serio, es muy guasón, le dice una verdad á cualquiera, conoce á todo el mundo..... del terruño; pues ha visto nacer á dos generaciones y morir á otras tantas; quiere á sus canoas y á sus caballos como á las propias niñas de sus ojos; enseña á sus hijos el oficio y vigila de su

hacienda, por aquello de que al ojo del amo engorda el caballo; quemado el rostro, las robustas pantorrillas faltas de pelo por los ardores caniculares, entero él está tostado como si fuera hecho de bronce fundido á fuego; pero tiene las manos y la conciencia limpias de todo pecado!



XIV

Fonda de Lira.

Se llama Fonda de Lira, no porque los concurrentes á ella sean poetas, sino porque Lira se apellida el dueño; es muy del uso de las gentes adicionar á las cosas que tienen nombre genérico otro propio ó apelativo que las distinga de las demás de su especie.

Es una casa de comidas, con vistas para el río y abonados constantes, donde se sirven apetitosos platillos por poco precio; mondongo, chiles rellenos, mole de guajolote, *tapaño* y una fritada de sangre de tortuga son los más pedidos y mejor cocinados del catálogo culinario de la fonda; la fritada de sangre de tortuga merece especial mención, no tanto por la demanda que tiene, sino por lo justa que es esa demanda; pues viene á ser en paladares esquilimosos tan sabrosa como una de esas *cremas* envasadas en botes de cristal, cubiertos con siete sellos por etiquetas chillantes, certificados de privilegio, medallas de exposiciones y marcas

CAPITULO XIV